Novela histórica, identidades nacionales y lectoras

Un chistoso de aldea (cuadros de costumbres populares)

SOLEDAD ACOSTA DE SAMPER

Universidad de los Andes, Universidad Eafit, Universidad Nacional de Colombia, Bogotá, 2018, 143 pp.

LA PUBLICACIÓN de la novela *Un chistoso de aldea*, de Soledad Acosta de Samper, aparecida por primera vez en 1905, es un merecido homenaje a la labor intelectual y educativa que la autora adelantó durante sus cincuenta años de producción escrita. Con el prólogo de Carolina Alzate nos queda claro por qué leer hoy esta novela histórica costumbrista, pues no solo presenta a la autora y su obra sino también el contexto histórico y político donde su producción literaria cobra valor. Soledad Acosta fue la primera mujer colombiana en asumir la escritura como una profesión, que ejerció como corresponsal, editora, novelista e historiadora. Su prosa nunca perdió de vista la formación de sus lectoras en temas tradicionalmente destinados al público masculino (política e historia). Buscaba ampliar el horizonte de las identidades nacionales, construidas desde la literatura y la prensa liberales, mayoritariamente masculinas, y así fomentar “una educación para la autonomía espiritual y material” de las mujeres de su época (p. XI). *Un chistoso de aldea*, su novela de cierre de carrera, fue publicada por entregas en la revista *Lecturas para el Hogar. Revista Literaria, Histórica e Instructiva*, último emprendimiento editorial de Soledad Acosta, pues la autora murió en 1913.

La edición de octubre de 2018 forma parte de la colección *Relecturas* y aúna esfuerzos de la Universidad de los Andes, la Universidad Eafit y la Universidad Nacional de Colombia. Destaca el trabajo de varias estudiosas de la literatura femenina colombiana, particularmente de la obra de Soledad Acosta de Samper: Montserrat Ordóñez y Aída Martínez, Carmen Elisa Acosta, Carolina Alzate y Azuvia Licón, así como Isabel Corpas de Posada, entre otras.

Soledad Acosta de Samper (Bogotá, 1833-1913) brilla en la escena de la literatura femenina de finales del siglo XIX y principios del XX, en buena medida gracias a que la posición social y económica de su padre le permitió disfrutar de una educación prolija e igualitaria, sin las limitaciones ideológicas impuestas a las mujeres de su época. La autora despliega una mente avezada que reta los sobrentendidos de su época y abona el camino hacia la conquista de igualdades para la mujer colombiana.

La lectura de esta novela resultará de gran interés para quien busca comprender el correlato social que potenció su sentido político en la época de su recepción original. Sin duda, el lector actual encontrará un documento elocuente si lee *Un chistoso de aldea* con la aproximación del etnógrafo, el historiador de mentalidades, el sociólogo de época e, incluso, el

ambientalista; el lector de novelas contemporáneas debe, por el contrario, llenarse de paciencia comprensiva para degustar esta pieza magnífica cuya mecánica narrativa no puede ser juzgada sin la debida hermenéutica histórica. Leer hoy a Acosta de Samper refresca la inteligencia narrativa nacional tan acostumbrada al vértigo de historias complejas, violentas, torturadas por la crudeza de nuestras realidades narradas.

El título completo de esta obra es *Episodios novelescos de la historia patria. Un chistoso de aldea (cuadros de costumbres populares)*. Allí, Soledad Acosta recoge la intención narrativa que animó su último proyecto literario: instruir a sus lectoras sobre la historia de la república en gestación (desde 1809 cuando aún éramos un virreinato y nos preparábamos para la Revolución de 1810, hasta el alboroto de la Independencia), utilizando como soporte didáctico la experiencia de vida y el aprendizaje emocional y político de un aldeano de Guaduas, Cundinamarca. Para ello, ambienta el relato con descripciones de paisajes y costumbres, y entreteje su opinión política y moral valiéndose del diálogo o la exposición directa. Disfrutar de *Un chistoso de aldea* exige un doble viaje mental: de una parte, a la tan apacible como convulsionada historia nacional de principios del siglo XIX; de otra, a la Bogotá de 1905 para ponernos en los zapatos de las lectoras de la revista.

Pero, ¿cuál es la historia narrada y de qué personajes se vale? Es la historia de un despertar: el del mundo rural y provinciano a las crueldades del conflicto político; un salto de la picardía ingeniosa del aldeano ejemplar a la mesura de quien ha conocido los avatares de las guerras de Independencia y la venganza del perdedor. Justo Cáceres es el protagonista; los frailes franciscanos recoletos sus adyuvantes. Y no podía faltar la vecina de vereda que encarna el amor, aun cuando este elemento tenga un papel bastante secundario. Lo que habla de la mente liberal de Soledad Acosta, contemporánea de Jorge Isaacs (1837-1895). El escenario central, Guaduas, es paso obligado de políticos y comerciantes (chapetones y criollos). Por allí circulan todas las historias, pues todos los protagonistas de la historia oficial del siglo XIX subían y luego bajaban de Santafé de Bogotá al río Magdalena, y por este llegaban hasta Cartagena a embarcarse para España.

El destino de Justo Cáceres, el “niño Justo”, quien se desempeña con habilidad en diversos oficios y tiene la rara virtud de no beber más que agua, se verá marcado por su carácter chancero. En palabras de la narradora, Justo “adolecía de un defecto capital, que él consideraba como un gracejo, porque sus amigos le celebraban las chanzas pesadas y chascos de mala ley que solía hacer a sus compañeros y vecinos” (p. 20). De hecho, las chanzas del protagonista sirven para medir el pulso del relato; una de ellas lo condenará a muerte, a manos de los chapetones.

Justo no se queda en la aldea, resuelve unirse a la tropa y llega a ser ordenanza de Nariño en la campaña del Cauca. Pero “harto de aventuras, de guerras y de

patriotismos, Justo resolvió ‘retirarse a la vida privada’, según dijo, tanto más cuanto que tenía inutilizada una mano, y los españoles le habían bajado de un machetazo todos los dedos del pie derecho, amén de otras heridas de menor cuantía” (p. 104). Tras su regreso a Guaduas, se casa con Presentación, secundado por los frailes franciscanos. Un tiempo después, la Reconquista española trae la desgracia a la vida de los protagonistas, quienes conocen la indolencia vengativa del chapetón.

Sin duda, el protagonista es la encarnación de la idea de “pueblo” agenciada por el Romanticismo nacional de principios del siglo XX: al igual que el héroe de la novela, el pueblo es vivaz y justo. Valores sobre los que, por ese entonces, los intelectuales liberales construían la identidad nacional. Acosta escoge el período y construye sus personajes e historias para despertar la empatía de sus lectoras con el fin que movió a los republicanos: independencia y libertad.

Si bien la autora prefiere los exteriores antes que las escenas domésticas, cuando leemos a Soledad Acosta recordamos que el vértigo de la acción como imperativo literario llega a los estantes de las librerías mucho más tarde. Los aciertos de su narrativa son otros: el manejo del lenguaje, rico en variedad y asequible al lector común; la habilidad con que mezcla descripción y acción narrativas con la expresión de su opinión moral o política; el uso oportuno y polisémico del diálogo.

Su prosa culta e inteligente es ágil: sabe insertar lecciones de historia sin dejar perder el interés por el relato —aun cuando en ocasiones rompe la verosimilitud al poner en boca del aldeano recuentos de erudita sapiencia histórica—, y maneja con maestría las anticipaciones narrativas para mantener la expectativa. Muestra de ello es el cierre de la historia, pues no anticipamos cómo va a resolver el asunto planteado hasta verlo con nuestros propios ojos y sorprendernos con las elecciones ideológicas de la autora.

Como historiadora, demuestra un amplio conocimiento de la vida social de la época (clima y agricultura, grupos étnicos y oficios, comercio y economía, actores sociales y políticos); como mujer política, hace de su prosa un instrumento didáctico, pues desliza con habilidad sus opiniones y conocimientos sobre asuntos artísticos, morales, religiosos, agrarios y políticos.

Un chistoso de aldea es una lectura obligada para el estudioso tanto de la literatura colombiana como de nuestra historia social del siglo XIX. Debemos aplaudir el trabajo de quienes recuperaron la obra del olvido académico y editorial, pues nos regalan la ocasión de degustar la narrativa de Soledad Acosta de Samper, cuyo nombre, como bien lo señala Carolina Alzate en el prólogo, hoy figura “entre los primeros cinco de sus contemporáneas latinoamericanas” (p. XVII).

Margarita Flora Ruiz Soto